

DOSIER

CAPACIDADES, TERRITORIO Y PLATAFORMAS: LA UNIVERSIDAD PÚBLICA FRENTE AL DERECHO EFECTIVO A APRENDER EN LA ERA DIGITAL, UN HORIZONTE EN DISPUTA**LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA COMO HERRAMIENTA
DEMOCRATIZADORA DE LA UNIVERSIDAD PÚBLICA**UNIVERSITY EXTENSION AS A DEMOCRATIZING TOOL FOR THE PUBLIC
UNIVERSITY**ARIEL GENAUER**

Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires

Correo electrónico: arielsgen@gmail.comORCID: <https://orcid.org/0009-0004-4878-5916>**ALEJANDRA GIANNINI**

Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires

Correo electrónico: alejandra.giannini23@gmail.comORCID: <https://orcid.org/0009-0009-0278-1182>

Pensar la democratización de la universidad pública conduce, casi inevitablemente, a pensar en el acceso. Una universidad más democrática sería, desde esta perspectiva, aquella que permite que una mayor cantidad de personas ingrese, estudie y complete una carrera universitaria. Esta dimensión resulta indudablemente central: la ampliación de la matrícula, la gratuidad, el ingreso irrestricto y las políticas destinadas a sostener las trayectorias constituyen condiciones fundamentales para garantizar el derecho a la educación superior. Sin embargo, reducir la democratización universitaria al ingreso supone circunscribir la relación entre universidad y sociedad a una sola dirección: son las personas quienes deben ingresar a la institución para acceder a los conocimientos que allí se producen y circulan.

Es posible pensar también el movimiento inverso. ¿Qué ocurre cuando es la universidad la que sale al encuentro de la sociedad? ¿Qué sucede cuando los conocimientos producidos en el ámbito académico circulan por otros espacios, se encuentran con otras experiencias y saberes y son interrogados desde problemas que no necesariamente fueron formulados dentro de las instituciones universitarias? Desde esta perspectiva, democratizar la universidad pública no significa solamente ampliar el número de quienes atraviesan sus puertas. Implica también preguntarse por la circulación social de los conocimientos que produce, por las relaciones que establece con diferentes sectores sociales y por las posibilidades de construir espacios de intercambio en los que el saber académico entre en diálogo con conocimientos, experiencias, necesidades y problemas construidos en otros ámbitos.

La extensión universitaria adquiere, en este punto, una relevancia particular. Especialmente cuando se la concibe desde una perspectiva crítica, deja de ser una actividad mediante la cual la universidad simplemente “lleva” conocimientos a la sociedad, para constituirse en un espacio de encuentro, comunicación y construcción compartida de saberes. Esta concepción permite pensarla no como una función secundaria de la vida universitaria, sino como una de las formas mediante las cuales la universidad pública puede ampliar sus fronteras y profundizar su carácter democrático.

La pregunta por la relación entre universidad y sociedad está presente en la tradición extensionista latinoamericana y adquiere especial relevancia a partir de la Reforma Universitaria de 1918. Desde entonces, la extensión fue adquiriendo diferentes sentidos y modalidades, no siempre compatibles entre sí. Algunas perspectivas la entendieron fundamentalmente como difusión cultural o transferencia de conocimientos desde una institución que los posee hacia sectores que carecen de ellos. Otras tradiciones, en cambio, pusieron en discusión esa relación jerárquica y propusieron pensar el vínculo desde el diálogo. La crítica de Paulo Freire (1973) resulta fundamental para comprender este desplazamiento. La propia noción de “extensión” puede remitir a una acción mediante la cual alguien extiende algo que posee hacia otro que no lo posee. El problema no es solamente terminológico. Detrás de esa concepción existe una determinada forma de comprender el conocimiento y también a los sujetos que participan del proceso. Si unos son considerados portadores del saber y otros meros receptores, la comunicación queda reducida a transmisión.

Frente a ello, la perspectiva freireana propone pensar la comunicación como diálogo. Esto supone reconocer al otro como sujeto y aceptar que el encuentro entre actores que poseen historias, experiencias y saberes diferentes puede producir transformaciones en todos quienes participan de él. La extensión crítica retoma este principio al rechazar una concepción unidireccional de la relación entre universidad y sociedad. Esta distinción resulta particularmente importante cuando se piensa la democratización del conocimiento. No se trata solamente de lograr que los conocimientos académicos lleguen a una mayor cantidad de personas. Si democratizar consistiera exclusivamente en ampliar la difusión, bastaría con mejorar los canales de transmisión. El desafío es mayor: supone generar condiciones para

que esos conocimientos puedan ser interrogados, apropiados, discutidos y puestos en relación con otros saberes.

Aquí aparecen puntos de contacto importantes entre la extensión crítica y la Comunicación Pública de los Conocimientos (CPC). También en este campo fueron cuestionados aquellos modelos que conciben la comunicación científica como un proceso lineal en el cual quienes poseen un saber especializado deben transmitirlo a públicos caracterizados principalmente por aquello que desconocen. Frente al denominado “modelo del déficit”, las perspectivas contemporáneas de CPC reconocen públicos activos y relaciones de comunicación atravesadas por contextos, experiencias y conocimientos diversos. La cuestión deja entonces de ser cómo simplificar un conocimiento para que pueda ser comprendido por quienes se encuentran fuera del campo científico y pasa a ser cómo construir espacios de comunicación entre actores que ocupan posiciones diferentes respecto de ese conocimiento.

El concepto de “agente de interfaz” desarrollado por Cortassa (2012) permite profundizar esta cuestión. La comunicación entre el sistema científico y los públicos no se produce de manera automática. Entre ambos existen diferencias de lenguajes, conocimientos, experiencias y expectativas que requieren instancias capaces de construir mediaciones. El agente de interfaz actúa precisamente en ese espacio: no elimina las diferencias entre los interlocutores, sino que contribuye a generar condiciones para que la comunicación pueda producirse. Pensar la extensión universitaria como una interfaz permite desplazar nuevamente la imagen tradicional de una universidad que “baja” conocimientos hacia la sociedad. Una interfaz no es simplemente un canal por el cual circula información. Es un espacio de vinculación, traducción y reconocimiento entre actores que parten de posiciones diferentes.

Esta perspectiva adquiere particular relevancia en el escenario contemporáneo. Como señala Castrelo (2018), las transformaciones de la comunicación y la emergencia de nuevos espacios públicos modificaron las formas mediante las cuales circula socialmente el conocimiento. La universidad ya no posee el monopolio de la producción ni, mucho menos, de la circulación de información. Redes sociales, medios digitales y diferentes plataformas conforman espacios en los que conocimientos científicos, opiniones, información falsa, experiencias personales y discursos de diversa procedencia circulan simultáneamente. En ese contexto, la pregunta por la comunicación pública de los conocimientos adquiere una dimensión política. No alcanza con producir conocimiento científicamente validado si ese conocimiento permanece encerrado dentro de los circuitos académicos o resulta incapaz de dialogar con las preguntas que circulan en la sociedad.

Una experiencia analizada permite observar esta cuestión. Durante la pandemia de COVID-19, el físico, docente e investigador independiente del CONICET Jorge Aliaga realizó a través de la red social X una intervención sostenida destinada a presentar, explicar y contextualizar información vinculada con la evolución de la pandemia¹. La relevancia de esa experiencia no radicó solamente en que un académico difundiera datos científicos fuera de la universidad. Su intervención puede pensarse como una práctica de interfaz, en tanto buscó ofrecer herramientas para interpretar esos datos en un escenario caracterizado por la incertidumbre y por una circulación extraordinaria de información. La experiencia muestra que las fronteras de la universidad pueden volverse porosas también en el espacio público digital. Pero la

¹ Jorge Aliaga ocupó el cargo de Decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires (FCEN-UBA) durante dos periodos (2006-2014). Durante la pandemia de Covid-19 se convirtió en una figura pública clave de referencia en la comunicación del riesgo y la interpretación de datos en Argentina. Sus publicaciones en X pueden encontrarse en: Aliaga, J. [@jaliaga]. (2020-2022). *Publicaciones e hilos de análisis diario sobre la evolución de casos de COVID-19 en Argentina* [Perfil de X]. X. x.com

extensión universitaria permite avanzar todavía un paso más, porque el encuentro puede producirse de manera sostenida en los propios territorios.

La experiencia del Equipo de Apoyo Escolar y Acompañamiento Educativo de la Universidad de Buenos Aires constituye un ejemplo particularmente significativo. El proyecto comenzó en 2008 en el barrio de Cildañez a partir de una propuesta de alfabetización de adultos. Sin embargo, la propia dinámica territorial fue modificando aquella propuesta inicial. Las familias comenzaron a plantear la necesidad de acompañamiento escolar para niños, niñas y jóvenes y esa demanda fue transformando la intervención universitaria.

Este movimiento resulta especialmente interesante para pensar qué significa una extensión crítica. La universidad llegó al territorio con una propuesta, pero el territorio no fue un receptor pasivo de aquello que la universidad había decidido previamente ofrecer. Las necesidades expresadas por quienes participaban modificaron la propia práctica extensionista. Con el tiempo, el trabajo incorporó apoyo escolar, acompañamiento educativo, actividades culturales, bibliotecas, talleres, recorridos por los barrios, visitas y otras experiencias orientadas no solamente a resolver dificultades escolares inmediatas, sino también a ampliar los vínculos de niños, jóvenes y familias con diferentes espacios educativos y culturales.

En esas prácticas circulan conocimientos escolares y académicos, pero también información sobre la universidad pública, sus carreras y sus posibilidades. A la vez, quienes participan del proyecto acercan experiencias, problemas, demandas y saberes territoriales que interpelan las formas de intervención de los propios universitarios. Es precisamente esta posibilidad de modificar mutuamente las posiciones iniciales la que permite hablar de diálogo y no simplemente de transferencia. Wursten (2022) ha señalado los puntos de encuentro existentes entre Comunicación Pública de los Conocimientos y extensión universitaria. En ambos casos, cuando se abandona la concepción lineal de la comunicación, aparece la posibilidad de construir relaciones en las que los públicos dejan de ocupar el lugar de destinatarios para transformarse en interlocutores.

Esta transformación no elimina las diferencias. Los conocimientos académicos poseen procedimientos específicos de construcción y validación que no desaparecen por establecer una relación dialógica. Tampoco todos los actores poseen los mismos saberes ni ocupan posiciones equivalentes. Pero reconocer esas asimetrías no obliga a construir una relación jerárquica en la cual unos hablan y otros escuchan. Por el contrario, permite pensar cómo construir mediaciones que hagan posible el encuentro entre conocimientos diferentes.

Desde esta perspectiva puede recuperarse la idea de una universidad de “fronteras porosas” y de una “universidad expandida” desarrollada por Carli (2024). La universidad no desaparece como institución ni pierde la especificidad de sus funciones. Lo que se vuelve porosa es la frontera que separa rígidamente un adentro, identificado con el conocimiento legítimo, y un afuera concebido exclusivamente como destinatario de aquello que la institución produce. Una universidad expandida es una universidad capaz de proyectarse hacia otros espacios sociales, pero también de dejarse interpelar por ellos. Este segundo movimiento resulta decisivo. Si la extensión se limitara a hacer circular hacia afuera aquello que la universidad ya sabe, continuaría operando bajo una lógica de transferencia, aunque alcanzara a una enorme cantidad de personas.

La extensión crítica plantea otra posibilidad: que en el encuentro con los territorios aparezcan problemas que la universidad no había formulado, conocimientos que no había considerado y preguntas capaces de modificar sus propias agendas. Por eso, la democratización de la universidad pública no debería evaluarse únicamente observando cuántas personas ingresan a ella. Esa dimensión continúa siendo imprescindible, pero no agota el problema. También debemos preguntarnos quiénes pueden acceder a los conocimientos que la universidad produce, dónde circulan esos conocimientos, qué posibilidades existen de discutirlos y

apropiárselos y, fundamentalmente, qué lugar tienen los saberes y las demandas sociales en la propia producción universitaria.

En este sentido, la extensión crítica puede constituirse en una práctica estratégica de democratización. No porque lleve un saber acabado hacia quienes supuestamente carecen de él, sino porque crea espacios de comunicación en los cuales el conocimiento académico puede encontrarse con otros conocimientos, experiencias y problemas. Democratizar la universidad significa entonces ampliar el derecho a ingresar, permanecer y estudiar en ella, pero significa también ampliar socialmente las posibilidades de participar de aquello que la universidad produce. Implica pensar una institución cuyas fronteras puedan ser atravesadas en ambas direcciones.

La universidad pública no sólo se democratiza cuando más personas ingresan a sus aulas, sino también cuando sus conocimientos salen de ellas, circulan, son discutidos y apropiados en otros espacios; cuando la institución escucha las preguntas que se construyen fuera de sus muros; y cuando ese encuentro transforma, aunque sea parcialmente, aquello que la propia universidad conoce. La extensión universitaria crítica constituye una de las prácticas capaces de producir ese movimiento. Allí reside buena parte de su potencia: no solamente acerca la universidad a la sociedad, sino que puede contribuir a construir una universidad diferente, más abierta, comunicativa y permeable a los territorios de los que forma parte. Una universidad que no conciba la democratización únicamente como la posibilidad de entrar en ella, sino también como su propia capacidad de salir al encuentro.

Bibliografía

- Carli, S. (2024). *Conocimiento, educación y comunicación: desafíos de la democracia*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=ys3qIT0YseQ&t=2453s>
- Castrelo, V. (2018). La esfera pública habermasiana. Su obsolescencia en tiempos de nuevas plataformas digitales. *Inmediaciones de la comunicación* 2018 - Vol. 13 / N° 1 - 71-87.
- Cortassa, C. (2012) *La ciencia ante el público*. Eudeba.
- Freire, P. (1973). *¿Extensión o comunicación?: la concientización en el medio rural*. Siglo XXI Editores.
- Wursten, A. G. (2022). Ciencia, tecnología y sociedad: el potencial de la extensión universitaria como interfaz mediadora. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad* —CTS, 17(50), 37-63.